

ANARCOSINDICALISMO Y VIOLENCIA: LA «GIMNASIA REVOLUCIONARIA» PARA EL PUEBLO

Antonio Fontecha Pedraza

Los organismos obreros no escogen caprichosamente sus tácticas de lucha. Han de concordar con los principios y con las circunstancias de la sociedad en que se utilizan. Entre 1930 y 1936 la CNT representa los intereses de una parte muy importante del proletariado organizado en España. Uno de sus grupos, la FAI, intentó sustituir mediante sucesivas insurrecciones el sistema democrático por el comunismo libertario. La organización confederal no se movió. ¿Qué sucedía, entonces, con la gran masa de afiliados a la C.N.T.? CNT fue un sindicato en el que lo fundamental era la movilización de masas y no, en modo alguno, la acción violenta en sí misma. Conviene recordar que el momento de mayor violencia con participación anarquista se vivió en la Barcelona de principios de siglo. No se pueden comparar, bajo el punto de vista de la acción violenta de masas, las dos formas de ella presentes en los extremos del espectro político español de los años treinta, pues en su origen y en sus manifestaciones son muy distintas.

La idea-mito de la *huelga general* fue aceptada por una mayoría de individuos de las clases dominadas como el arma de lucha por excelencia contra la dominación del capital. A veces, el utopismo era la única salida posible por la falta de alternativas. La idea «espontaneista» era la causa de la sustitución de la acción revolucionaria metódica y constante por el mesianismo. La utilización de la violencia suponía tanto una forma de propaganda como un mecanismo de logro de objetivos precisos. Pero la violencia social no es algo exclusivo del anarquismo español en el siglo xx. En cualquier caso, el anarcosindicalismo negaba, por principio, toda autoridad y facilitaba, como ideología, la rebe-

lión contra todo poder. Por tanto, era una ideología atractiva puesto que conectaba fácilmente con el temperamento personal de sus militantes y con las circunstancias concretas de la España de los años treinta. La dialéctica reforma/revolución se plantea en una sociedad en que todos los grupos políticos, incluidos los republicanos representativos de la «gente de orden», veían la revolución como algo posible y necesario. Violencia y revolución eran palabras con mucho arraigo y por tanto eran enarboladas por grupos variados, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha. En este contexto donde la insurrección armada podía entenderse como una acción plausible hay que aclarar el papel de la violencia política en la ideología y la táctica de la C.N.T.

Revolución y violencia política

Conceptos acerca de la lucha de clases en el anarcosindicalismo español

El análisis de las bases ideológicas de la actuación pública de las organizaciones libertarias revela la falta de sistematización en las críticas hacia la sociedad y el Estado. Esta ausencia de método dificultaba la concreción de soluciones a los problemas analizados. Al mismo tiempo, la multiplicidad de interpretaciones favorecía la difusión del mensaje envuelto en discursos que no dejaban de ser retóricos. La mayor parte de los teóricos anarcosindicalistas elaboraban recetas llenas de convicciones a las que podía llegarse fácilmente de un modo intuitivo, basándose en las premisas de la igualdad radical del ser humano y la libertad absoluta. La *Práctica* era prioritaria sobre la *Teoría*, pero lo escasamente calculado de sus pretensiones explica más de un fracaso concreto en los intentos de instaurar el «comunismo libertario».

La lucha de clases en la interpretación anarquista se conduce como una guerra social mediante la *Huelga General Revolucionaria*. La huelga, en frase de Rosa Luxemburgo, «es un fenómeno que refleja en sí mismo todos los estadios y todos los momentos de la revolución»¹. La concepción anarquista sobre la revolución social tiene interés precisamente por ser un reflejo de la oposición radical y directa a la sociedad burguesa. El éxito real de una huelga no está en conseguir las reivindicaciones de carácter económico y profesional sino en el hecho mismo de la lucha, en el refuerzo de la conciencia y la solidaridad de clase. En la huelga general anarquista el proletariado no pretende negociar sino demostrar la intrínseca debilidad del Estado capitalista y al mismo

¹ R. LUXEMBURGO: *Huelga de masas, partido y sindicato*. México, Grijalbo, 1970. p. 73.

tiempo cómo los obreros pueden vencer en la lucha de clases. La propaganda llamaba a la insurrección a los «hombres de concepciones libres». En el momento de «mutación histórica», todos los hombres «encadenados por la justicia burguesa» actuarían como «ariete que empuje nuestras vidas hacia la lucha por la libertad integral».

Esta idea-mito fue hegemónica en el proletariado europeo hasta la Primera Guerra Mundial. Aún no se habían inventado las armas modernas y los «teóricos» anarquistas pensaban en la lucha de barricadas propia de las revoluciones románticas del siglo XIX. El progreso de los medios represivos del Estado arruinó estas concepciones, a lo que contribuyó, además, la mayor integración social de la que disfrutaban las sociedades europeas contemporáneas². La huelga general significaba el trastorno total de la sociedad burguesa y era la manifestación última, la lucha final, en la que se decidía el choque entre explotadores y explotados. Como acto supremo de la insurrección social se convirtió en el acto de fe del proletariado revolucionario. Tras la ruina del capitalismo se produciría una regeneración total.

Es enteramente inexacto hablar de cualquier vínculo entre la huelga general y forma alguna de terrorismo político. Cuando C.N.T. proclama una huelga general lo hace como un movimiento de masas, que pretende ser universal. No obstante, determinadas manifestaciones de violencia están unidas a la huelga. Lo mismo sucede con el término «acción directa», habitualmente identificado con el pistolismo. Para los teóricos anarquistas, acción directa es la resolución de los conflictos relativos a los trabajadores por los mismos trabajadores, sin ningún organismo de mediación, en la tradición de la Primera Internacional³. En

² La idea de la huelga general fue formulada por el socialista utópico Robert Owen en el siglo XIX, utilizada por los cartistas y 1840 y practicada por vez primera en España en la ciudad de Barcelona el día 2 de julio de 1855. El debate en el seno del socialismo internacional sobre este medio de lucha quedó recogido en un libro editado por Hubert LAGARDELLE: *Huelga general y socialismo. Encuesta Internacional*, en 1910 (reedición en Córdoba —Argentina—, Cuadernos de Pasado y Presente, 1974, n.º 61). En tiempos de la transición española a la Monarquía Constitucional, el profesor Tierno Galván estudió las posibilidades de aplicación de la huelga general en las sociedades de tecnología avanzada. Cfr. E. TIERNO GALVÁN y E. MUÑOZ ALONSO: *La huelga, cara y cruz*. Madrid, Ediciones 99, 1975, pp. 57 y ss.

³ «Cuando CNT se levantara frente a UGT, los fundadores de aquella no la crearon por el mero capricho de que en España existieran dos centrales sindicales. Criminal hubiera sido dividir al proletariado por un simple capricho. Si la CNT se levantaba frente a la central reformista, lo hacía respondiendo a razones fundamentales de ideología, y más que todo, de táctica. La razón básica y esencial de la existencia de la CNT fue y es aún el sistema de lucha a base de la acción directa, y es absolutamente inadmisibles que los hombres que dieran vida a la que había de ser gloriosa central sindical revolucionaria, concibieran su obra asentándola sobre una base circunstancial», artículo publicado en *Acción Social Obrera*, el 5-octubre-1929, recogido en PEIRO, J. *Escrits* (edición de P. Gabriel), Edicions 62, 1975, p. 115.

cambio, se rechazaba todo tipo de «aventurerismo» que redujera la lucha social a un enfrentamiento individual, con la única excepción del elogio hacia la bravura individual de aquellos que eliminaran a algún dictador. Desde este punto de vista, la acción de una élite aislada de la masa no se entiende como acción directa y el protagonismo revolucionario fundamental corresponde al conjunto de la clase obrera, organizada en el sindicato.

Los máximos defensores de la línea sindicalista fueron los denominados «treintistas». Debemos señalar que las elaboraciones teóricas de estos autores eran compartidas por líderes habitualmente calificados como «faístas». La razón estriba en que los principales líderes de los grupos de acción violenta fueron, antes que agentes de la insurrección proletaria, activistas sindicales que representaban a sus compañeros día tras día en la lucha cotidiana con el patrón. De ahí que estuvieran de acuerdo en acusar a UGT de «organización mendicante» por su transigencia y «cooperación» ante el Estado y la Patronal. Por ejemplo, conviene recordar como un sindicalista moderado y promotor de cooperativas obreras, J. Peiró, reivindicaba la acción directa: «el hombre que quiere vivir decente y dignamente no ha de hacerlo solamente con lo que le den, sino sobre todo con aquello que sepa coger. Es de almas de gallina hipotecar el porvenir con suposiciones tontas sobre el presente»⁴.

El método ideal para la propaganda de las ideas era la asamblea de todos los obreros, afiliados y no afiliados. En esta reunión, los militantes, gracias a su mayor impulso revolucionario, llevarían la iniciativa. Se partía de la lucha por el pan cotidiano, base para la liberación definitiva y para la mejora de los métodos revolucionarios: «El que no sabe apreciar la conquista presente no será nunca capaz de combatir por la conquista para sí mismo y para sus semejantes de un porvenir mejor»⁵. Por tanto, debemos concluir que las alusiones tópicas que caracterizan al anarcosindicalismo como un resultado del tradicional utopismo e ingenuidad de las masas rurales y de los estratos bajos urbanos, y que sugieren que es un producto de la falta de educación política de la clase obrera, deben ser revisadas. Hay que considerar argumentos como la agudización del conflicto tanto por la radicalización de las luchas sociales como por el rechazo histórico hacia todo intento de integración en el Estado construido por la burguesía liberal durante los siglos XIX y XX.

⁴ L'OPINIÓ, 6 de abril de 1929.

⁵ R. ROCKER: *Ideología y táctica del proletariado moderno*. Barcelona, Mundial, 1928. p. 83.

La lucha de clases era tan dura que se confiaba el cambio revolucionario a un medio violento y a una acción inesperada, producto de una acción no planificada y espontánea. El espontaneísmo sustituía una acción revolucionaria constante por golpes mal organizados. De ahí que tratadistas libertarios como P. Besnard hubieran de advertir contra las consecuencias de este modo de actuar:

«Dejarse llevar por la cólera para la ejecución irracional de un acto violento o de un sabotaje inútil o inoportuno es dar pruebas de debilidad, de ineducación, de incomprensión; significa presentar blanco al adversario y dar pie a la violencia del bando adverso, incluso si éste la provoca, que es lo corriente»⁶

Aproximación a las características del militante libertario

La mayor parte de los investigadores coincide en afirmar que los años de la II República marcan el cénit de la actividad del anarquismo español. Este hecho manifiesta una contradicción latente en la base social que tomaba estas ideas como propias y actuaba en consecuencia. En un momento de cambio político, el apoliticismo anarquista significaba el abandono, sin lucha, del control del poder político a la burguesía, cuando mediante la abstención favorecían el triunfo de los candidatos más reaccionarios. El desengaño de la acción política se completaba con un fenómeno nuevo que surge en aquellos años: En palabras de R. Vidiella, antiguo militante sindicalista integrado en el PSUC, asistimos a la creación de un «funcionario sindical» que influirá en la organización del sindicato CNT:

«Pero no es sólo esa desviación de la acción directa a lo que ha dado lugar la violencia individual o de grupo, sino a la creación de un factor nuevo, que luego ha de ejercer suma influencia en la CNT, el hombre-brazo. Así se ha dado en este organismo obrero el mismo caso, exactamente que se dio en la caída Monarquía española, que a fuerza de necesitar ésta de los generalitos guapos que la defendieran, acabaron los generalitos guapos por mandar más que los propios ministros de la Monarquía.»⁷

⁶ P. BESNARD: *Los sindicatos obreros y la revolución social*. Barcelona, CNT, 1931, p. 148.

⁷ R. VIDIELLA: «Causas del desarrollo, apogeo y decadencia de la CNT». En *Leviatán* (Madrid), octubre 1935, pp. 27-32.

Con cada momento de entusiasmo prerrevolucionario aumentaba la masa de afiliados cenetistas. Con la represión, la militancia quedaba reducida a unos cuadros dirigentes que, por tanto, se consideraban guardianes de la «ortodoxia confederal». La represión gubernamental se centraba en los dirigentes con mayor capacidad de convocatoria y el movimiento quedaba descabezado. Entonces se hacían con el mando de la organización sectores conspirativos e insurreccionales que no estaban acostumbrados a la lucha sindical dura y continua. Al mismo tiempo, otro factor de división era el fraccionamiento de la sociedad española. La práctica diaria de los diversos sindicatos adheridos a CNT era muy diferente, en función de una gran variedad de circunstancias concretas. La única solución para hacer posible la convivencia de un abanico tan variado de militantes, con métodos y trayectorias diferenciados, era adoptar una organización fuertemente federalista.

Una organización federalizada, con lazos de conexión muy débiles entre sus miembros propiciaba el que no se estableciera un «corpus teórico» con soluciones y modos concretos de transformar la realidad. Los análisis de la coyuntura concreta realizados por CNT en 1936 señalaban, en tonos proféticos, a Marruecos como foco de la posible respuesta militar, algo que hubiera debido llevar a una consiguiente preparación para tal eventualidad. La causa de estas sucesivas incoherencias estaba en la división interna del propio movimiento libertario.

El elemento básico de CNT era el sindicato local de ramo, que agrupaba a todos los oficios en secciones. Estos «sindicatos únicos» —es decir, uno por cada ramo industrial— garantizaban la unidad de los trabajadores de varias empresas. Como los trabajadores menos cualificados son los más abundantes, destacaba su importancia en cualquier asamblea, en la que eran mayoritarios los individuos no clasificados profesionalmente, peones inmigrados recientemente del campo, jóvenes que aún no habían adquirido la suficiente destreza profesional, mujeres... Cada sindicato podía solicitar la solidaridad de la Federación Local. Y mediante este procedimiento un conflicto localizado se extendía: la famosa huelga de La Canadiense (Barcelona, febrero de 1919) surgió sencillamente como consecuencia del despido de ocho empleados.

Las secciones funcionaban democráticamente, en teoría. La asistencia a las asambleas era bastante reducida. En la disputa entre faístas y treintistas se recurrió a procedimientos bastante lejanos de las reglas teóricas de la CNT: el Acta de la Asamblea del S.U. Metalúrgico de Barcelona en la que se procedió a la expulsión de A.Pestaña (29-octubre-1932) sólo registra unos cientos de votos en un conjunto de 30.000 afiliados.

En la sección de Mecánicos, en la que estaba inscrito Pestaña, sólo votaron la expulsión 32 afiliados de los 15.000 cotizantes⁸. Podríamos extendernos sobre la ineficacia de la organización de CNT o sobre la falta de democracia interna —al menos, en los términos absolutos en que era proclamada—. Como ejemplo anecdótico podemos citar el que en junio de 1934 los miembros del Comité Nacional de CNT no conocían a los dirigentes del Secretariado Permanente de la AIT anarquista —que por aquel entonces residía en España—. En cuanto a la organización de sus Congresos, como en sus debates no se prohibía el uso de la palabra a nadie —siempre que fuera anarquista—, se llegaba a una forma un tanto anormal de discusión y los acuerdos se tomaban por cansancio.

Hasta el Congreso Confederal de Zaragoza, en 1936, no se realizó una declaración oficial sobre el «Concepto Confederal de Comunismo Libertario». La propaganda dependía del criterio personal de cada orador en cada discurso. Una muestra de la variedad de opiniones y métodos está en los documentos del Congreso: ciento cincuenta dictámenes opinaban sobre el tema. Incluso el delegado J. Peirats intervino asegurando que no había ninguna necesidad de hacer programas y proponiendo «que haya tantos programas como individuos y que no se sométan a la autoridad mayoritaria». Federica Montseny reafirmó la necesidad de un texto escrito: «Y es que los acontecimientos de la revolución se echan encima. Ante ellos hay que dar la sensación de que sabemos lo que queremos y adónde vamos»⁹.

Estas deficiencias en la estructura y en la organización de CNT no impidieron que la influencia anarcosindicalista fuera total en zonas como Cataluña. Entre abril de 1931 y junio de 1932 se expiden 1.200.000 carnets. Por tanto, aquí se encuadra un millón de españoles que siguen, a grandes líneas, unos principios ideológicos en contradicción absoluta con el régimen político existente y partidarios, «a priori», del uso de la violencia contra el Estado y el patrono. ¿Por qué?

Entre 1931 y 1936 cambia el carácter de la influencia anarcosindicalista sobre sus afiliados: En 1931, CNT se planteaba su actitud como un sindicato revolucionario y en 1936 muchos de sus partidarios han simplificado todos los conceptos y sólo entienden como «revolucionaria» a la violencia. Esta contradicción llevó a una crisis de considerables proporciones. Cataluña pasa de 300.000 afiliados en 1931 a 140.000 en 1936. 100.000 de estos trabajadores residían en Barcelona,

⁸ «Cultura Libertaria», 57, 14, diciembre, 1932. En A. PESTAÑA: *Trayectoria sindicalista*. Prólogo de Antonio Elorza. Madrid, Tebas, 1974. pp. 853-857.

⁹ *Congreso Confederal de Zaragoza. CNT*. (1936) Madrid, Zero-Zyx, 1978, 204.

localidad en la que no se habían organizado los sindicatos treintistas. A este dato hay que sumar la misma inestabilidad de la organización y el complejo mundo de relaciones que se establecen entre líderes, militantes, afiliados y simpatizantes.

Con los datos facilitados por los Congresos de CNT no se puede delimitar la composición profesional de los afiliados, ya que un tercio de los mismos figuraban incluidos en Federaciones Locales o en sindicatos de oficios varios. En contra de los tópicos al uso, UGT sobrepasaba a CNT por la izquierda en algunos oficios: agricultura y sectores no manuales (comercio, banca, enseñanza). Las fuentes también son fragmentarias al considerar el origen y las posiciones de afiliados, líderes y militantes. En sus autobiografías, los dirigentes libertarios coinciden, a grandes rasgos, en describirse como niños con infancia azarosa¹⁰. Para subsistir emigran a las ciudades en cuanto tienen edad, donde trabajan como peones en los oficios de menor cualificación. Allí suelen afiliarse al sindicato, generalmente UGT. Con la dureza de las condiciones de vida y empujados por la patronal, ingresan en la CNT tras desechar los métodos socialistas reformistas. Es el caso de B. Durruti o de J. García Oliver. La radicalización se completa con el paso por la cárcel, en calidad de presos sociales. Salvo un pequeño grupo de intelectuales —como F. Montseny—, de procedencia pequeñoburguesa, la mayor parte de los dirigentes son analfabetos y forman su cultura como autodidactas¹¹. Otro hecho significativo es el encuentro con figuras carismáticas en la juventud.

Líderes sindicalistas y moderados también defendieron la acción violenta. A. Pestaña propugnó entre 1919 y 1923 la utilización de la «gimnasia revolucionaria», aunque no llevara nunca armas; en la reorganización de la CNT en 1929 colaboró con J. López, obrero yesero encarcelado entre 1920 y 1926 tras enfrentarse contra un pistolero de la patronal. Todos los dirigentes destacan por su capacidad de organización: la cooperativa de vidrio dirigida por J. Peiró en Badalona era un negocio rentable. Con la gran expansión de los años treinta la CNT se transforma en una organización masiva y crece la lucha por el poder. Los recién llegados arremeten contra la «vieja guardia» calificada como grupo de «obreristas cansados».

¹⁰ En lo que no difieren de los ugetistas, ni de la inmensa mayoría de los niños del tiempo. Como ejemplo, R. SANZ: *El sindicalismo español antes de la guerra civil. Los hijos del trabajo*. Barcelona, Petronio, 1938, p. 5-14.

¹¹ Tampoco este aspecto era desconocido para líderes como Francisco Largo Caballero. Ver A. ROSADO: *Tierra y Libertad. Memorias de un campesino anarcosindicalista andaluz*. Barcelona, Crítica, 1979.

La mentalidad de estos militantes coincide, a grandes rasgos, con los obreros ingleses de comienzos del XIX¹²: orgullo profesional, habilidad artesana, carácter impulsivo y apasionado, poco dóciles ante la disciplina, lo que acrecienta los problemas de organización. Los obreros conscientes se entregaban a la *Idea*, abandonando todos los vicios, incluso la bebida y el tabaco. En sus términos, la clase obrera era incitada al vicio por la patronal para así hablar de la «inferioridad moral» del proletariado y mantener al pueblo en la corrupción y en la esclavitud espiritual. La revolución social se debía cumplir por moralidad. CNT-FAI era también un código espiritual sobre la libertad, la revolución, el honor proletario o la solidaridad. En este mundo de valores sus enemigos naturales eran la Burocracia, el Estado, el Ejército y la Iglesia. Los centros obreros funcionaban como centros culturales, con bibliotecas, clases de alfabetización y coloquios ideológicos o culturales. Los militantes se cambiaban de nombre en honor a los héroes anarquistas...

La afluencia masiva de nuevos contingentes a la CNT rompió el equilibrio entre treintistas y faístas. El sindicalismo tenía escaso atractivo para los peones recién inmigrados a la ciudad, jornaleros dominados por la propaganda anarquista de los activistas. En Barcelona la principal fortaleza de la FAI era el Sindicato Unico del Fabril y Textil, con trabajadores como Ascaso, Durruti, García Oliver, G. Jover, Eroles, R. Sanz,... Todos habían sido «seleccionados» por la Patronal que les había negado trabajo tras su salida de la cárcel. La fama de la FAI en los círculos anarquistas llega a ser mítica: una nueva bandera simboliza esta lucha con una enseña rojinegra en escuadra. Para los jóvenes de los años treinta tenía poco sentido la polémica en que Pestaña acusaba a Durruti y Ascaso de vivir como burgueses en la emigración, con el producto de los atracos a bancos, mientras que los auténticos dirigentes obreros estaban en la cárcel. Los recién llegados se fijaban más en su calidad de símbolos al ser activistas perseguidos.

El proselitismo anarquista hacía que aumentaran los afiliados. Los periódicos derechistas se alarmaban de esta «espeluznante estadística» e intentaban unir en la mente de los lectores los términos anarquismo y terrorismo¹³. Huelgas generales y locales se complicaban con toda clase de actuaciones violentas para intimidar a la burguesía y decidir a los

¹² E. P. THOMPSON: *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra, 1780-1832*. Barcelona, Laia, 1977. 3 vols.

¹³ *El Debate*, 22, junio, 1934

obreros menos resueltos. Este «impulso colectivo» actuaba junto con nuevas formas de integración de los simpatizantes:

«Pero la coacción más eficaz, la que llenó de nombres los libros de las sociedades, no fue ciertamente la que se desplegaba en los momentos de lucha, sino la presión verbal constante en el tajo, en el caserío, en la taberna, con argumentos, con ruegos, con amenazas, con denuestos, con burlas. La palabra esquiro! llegó a ser la más grave de las injurias... Las huelgas agrarias o las huelgas en pequeños talleres se convertían en huelgas generales: Se necesitaba un valor sobrehumano para actuar de esquiro! en el propio pueblo.»¹⁴

En fotografías de actos cenetistas y aún en todo tipo de tumultos y motines se puede apreciar la gran cantidad de mujeres presentes. Recordemos la actuación de las telefonistas en la huelga de teléfonos de 1931 o de las madres o esposas en la huelga de la construcción de Madrid de 1936, presionando a sus familiares albañiles y a los tenderos. Gracias a esta combinación de coacción y solidaridad las huelgas tenían más repercusión. Constantemente afluían nuevos afiliados en sustitución de otros que abandonaban la organización. Como no había historia escrita, los que llegaban no asumían la tradición anterior sino los símbolos presentes. La prensa de extrema izquierda, recordaba todos los días al lector las contradictorias declaraciones de los políticos gobernantes, para extremar las contradicciones. Conviene no olvidar que cada humano se produce de acuerdo con su propio temperamento, y los afiliados a la CNT tenían sus propias razones. Cuestión ésta, la de los factores irracionales y su influencia en la psicología social, en la que resta mucho por investigar.

Contenidos míticos presentes en la violencia revolucionaria

Para los anarcosindicalistas, la Democracia estaba totalmente desacreditada. Se imprecaba a los socialistas por su participación en instituciones burguesas y capitalistas. La retórica antipolítica incluía descalificaciones muy próximas a las posteriormente utilizadas por la propaganda franquista. CNT se «levanta» contra todas las fuerzas del Estado. La burguesía respondía con temor ante el «crimen social». En otras palabras, ante la presencia de sindicatos que imponían mejores

¹⁴ J. DÍAZ DEL MORAL: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Madrid, Alianza Editorial, 1969. pp. 355-356.

condiciones de trabajo para sus afiliados. CNT adquiere todas las características de una organización temida y temible. Aunque los periódicos derechistas describían las actuaciones cenetistas con rasgos apocalípticos, bien es verdad que algunos de sus párrafos no estaban muy lejos de los principios enunciados por los anarquistas, aunque vistos desde el lado contrario de la trinchera:

«(La CNT)... quiere ir a la utopía roja de la Acracia por los métodos de la huelga a ultranza, del motín, del sabotaje, del atentado, del empleo metódico de la pistola y de la bomba.»¹⁵

La fuerte confianza, el optimismo decisivo y la creencia en la posibilidad inminente de la revolución se combinan con un interminable catálogo de proyectos utópicos que casi nunca se planteaban la realidad objetiva de las luchas obreras. La revolución nacía en la opresión y la felicidad podía llegar en cualquier momento. Walther Bernecker ha calificado esta actitud de «estereotipo retórico de una revolución», que manifestaba «no tanto la actitud verdaderamente revolucionaria sino, antes bien, la fe compensatoria de los oprimidos y humillados en una tal energía revolucionaria»¹⁶. La Revolución incluía rasgos escatológicos: las revoluciones surgían de factores imponderables, con el parto de una nueva sociedad. En las decadencias se engendran las grandes revoluciones, decían los anarcosindicalistas, y difundían un concepto cíclico de la historia ya presente en antiguas mitologías y que no era ajeno a los círculos cultos de la Europa de entonces. Ante la podedumbre de las clases dirigentes, se hacía posible la revolución en la calle. Los anarquistas eran un grupo orgulloso de sus tradiciones, de sus revistas culturales, de su filosofía racionalista y emotiva, y con actividades culturales como excursiones festivas en las que se unían la ecología, el adoctrinamiento político y la preparación paramilitar.

Un estudio sobre los modos en que se presenta y difunde esta simbología desborda el marco de estas páginas. Desde el martirologio presente en el anarcosindicalismo hasta las «novelas sociales» publicadas como folletos en la prensa obrerista, pasando por el análisis de los distintos ambientes en que se desenvolvía la vida de un obrero —la fábrica, el barrio, la taberna, el sindicato o el mitin—, la cantidad de fuentes de información posibles es innumerable. El hecho revolucionario se

¹⁵ *La voz*, 20, agosto. 1931.

¹⁶ W.L. BERNECKER: *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española, 1936-1939*. Barcelona. Crítica. 1982.p. 82.

inicia con una acción violenta que requiere la fuerza organizada que, junto a las posibilidades de reconstrucción económica, reside en el sindicalismo. Las revoluciones no se pueden decretar ni contener, sino que dependen de causas que «forman un ambiente propicio a la creación de estados anímicos y pasionales»:

«Es tanta la audacia y el descaro de la reacción tan inaudito, que, si se tiene en cuenta el odio concentrado en el alma de las masas trabajadoras, nada de extraño tendría que éstas se desbordaran con el empleo de la tea y de la dinamita contra todos los antros eclesiásticos y cavernarios. Y si esto se produce algún día, yo digo que sólo sería lamentable el desbordamiento, no por el desbordamiento en sí, sino porque seguramente se perdería en la esterilidad, ya que lo demás, por terrible que fuese, sería una gesta justiciera, purificadora del ambiente que nos asfixia, y la respuesta obligada a la injuria que la Iglesia y los cavernícolas infligen a la conciencia civil del pueblo español.»¹⁷

En una curiosa herencia de la mística cristiana, la propaganda cenequista llega a afirmar que el dolor magnifica al proletariado. El Pobre simbolizaba al Pueblo Trabajador y siempre era bueno. Estos «artículos de fe» suponían a los no-afiliados a CNT malas intenciones, premeditada mala fe y otros instintos perversos, frente a tópicos como el de la «virilidad revolucionaria» de la FAI. Pese a la pedagogía racionalista que practicaban como maestros los Montseny, en su propaganda de la actuación insurreccional basada en las comunas rurales entendían —irracionalmente— que cada muerto era un tributo al ideal para su realización:

«La guardia civil podrá acribillar a balazos masas enteras de campesinos y trabajadores industriales, pero los proletarios rebeldes no cesarán jamás en sus constantes luchas emancipadoras hasta que logren apoderarse de todas las fuentes de producción.»¹⁸

Por el camino de la revolución violenta

Evolución de los conceptos sobre revolución y violencia

Para los militantes anarquistas la CNT era un símbolo de lucha. La violencia nunca aparece como algo gratuito sino como algo necesario

¹⁷ «Sindicalismo», 28. febrero, 1934. Recogido en J. PEIRÓ: *Escrits, o.c.*, 459.

¹⁸ A.G. GILABERT: *La CNT, la FAI y la revolución española*. Barcelona, Talleres Gráficos Alfa, Tierra y Libertad, 1932. pp. 3-4.

para conseguir la revolución. El problema central reside en las masas populares, presuntos actores de la revolución, y en el conjunto de factores precisos para la movilización revolucionaria. Algunos grupos pensaron que la violencia podía actuar como chispa desencadenante del cambio social, lo que suscitó la oposición radical de otros colectivos. Los intereses y las reivindicaciones eran mucho más inmediatos. Cuando la explotación era sentida como demasiado fuerte se abría paso el insurreccionalismo, para tratar de superar las condiciones de vida y abolir el régimen capitalista. Entre dirigentes sin una base conceptual suficiente, en cada debate latía el enfrentamiento personal en torno a una decisión estratégica concreta. La discusión se complicaba hasta terminar en una alusión mutua al contrario como «traidor» a los principios ideológicos que fundamentaban la misma CNT. Las divergencias se hacían irreconciliables.

Se consideraban como válidas las estrategias utilizadas a principios de siglo, cuando el papel jugado por el anarquismo era casi nulo. En 1930, la CNT era capaz de influir en la política y en la economía de toda la nación, y, sin embargo, no modificaron los medios de combate. Las promesas revolucionarias fracasaron, como reconoció años después el entonces radical Peirats:

«El heroísmo popular innato es otro de los hechizos caído a pedazos. Primero porque no se puede repetir el experimento demasiadas veces seguido de la derrota. El pueblo así llevado y traído terminará por encontrar otros jefes, dirigentes o líderes más rentables en el inmediato (...) En segundo lugar, tanto repetimos que el pueblo tiene sangre de héroes, hemos acabado por creer nosotros mismos el infundio. El pueblo tiene sangre de héroes como los gitanos tienen sangre de reyes. En todo caso el problema científico del heroísmo popular no es en las tribunas mitineras ni en la prensa de combate donde hay que plantearlo.»¹⁹

El análisis de las distintas posturas de las diversas «familias» en que se hallaba dividido el anarcosindicalismo español debe estar unido a la historia de la evolución interna de las organizaciones anarquistas. Las diversas posturas coexisten y dominan el debate teórico por tiempos. Todo en un contexto de disputas entre grupos de poder, algo muy lejano de los principios teóricos del anarquismo. Todos los grupos ha-

¹⁹ J. PEIRATS: *Examen crítico-constructivo del Movimiento Libertario Español*. México, Editores Mexicanos Unidos, 1967. p. 36.

blan de lo mismo, a veces usando distintos términos que significan lo mismo y otras veces usando los mismos vocablos con significados divergentes. Se hace casi imposible delimitar la influencia real de las ideas presentes en el debate teórico de los militantes. No tenemos datos sobre la difusión de prensa o folletos. ¿En qué términos llegaban estas discusiones a los simpatizantes, al afiliado que confiaba en la CNT como sindicato capaz de conducirlo hacia la liberación de la explotación capitalista?

En líneas generales, se distinguen las siguientes etapas en la formulación del pensamiento confederal sobre la revolución:

- a) Reorganización confederal y expansión entre 1930 y junio de 1931, con dominio relativo de las posiciones moderadas de Pestaña y Peiró.
- b) Agudización de los conflictos sociales y enfrentamientos con la República burguesa. Es el «ciclo insurreccional» de 1932 y 1933, en el que domina el extremismo individualista propugnado por la línea faísta encabezada por los Montseny. En los diversos movimientos participan también los más exaltados, autodenominados «anarco-bolcheviques».
- c) Tras diciembre de 1933 surgen voces que piden con más fuerza la alianza revolucionaria con UGT, que se lleva a cabo en Asturias.
- d) Desde 1934 hasta 1936 el gran cambio consiste en el aumento de la represión sobre las organizaciones obreras durante el bienio negro que contrasta con la victoria del Frente Popular. Reaparecen todas las posturas pero hay un impulso unitario demostrado en el Congreso de Zaragoza. Sorprende la relativa calma en que se encuentran las organizaciones anarquistas durante la «primavera trágica». El dogmatismo en el rechazo de la política y las elecciones hizo que algunos delegados en el Congreso de Zaragoza, como el de Puerto de Sagunto, protestaran por la campaña neutral de CNT en las elecciones de 1936, lejos del abstencionismo de 1933:

«¿Habría alguien que dude todavía de la conducta tortuosa, descabellada y colaboracionista, sino de toda, de gran parte de la Organización Confederal? Las palabras de Durruti (mitin del Price, del 6-marzo-1936 en *Solidaridad Obrera*), parecen indicar que la Organización de Cataluña habíase convertido en aquellos días en escudero honorario de la Esquerra catalana.

«La CNT va a pasos agigantados hacia el más castrador y enervante reformismo. La CNT de hoy no es la misma que la de 1932 y 1933, ni en esencia ni en vitalidad revolucionaria.»²⁰

Divisiones internas en el anarcosindicalismo español

En CNT encontramos una gama de posturas frente al tema de la violencia, mayor que en ninguna otra organización social de la España de los años treinta. Ninguno de los diversos colectivos presentes pudo controlar por sí solo la dirección del sindicato, por lo que se llegó a alianzas entre grupos más o menos afines. Las razones de estas disputas son las habituales en la ciencia de la organización (cuestiones de hegemonía y liderazgo, cuestiones personales y principios teóricos y estratégicos).

En todo caso, la división de CNT en dos alas, «treintista» y «faísta», simplifica en exceso la variedad de posiciones. En 1929 CNT se había visto abandonada por sus afiliados, acosada por la policía y desunida ideológicamente. La dimisión de Primo de Rivera y la reorganización de 1930 salvaron la existencia de la organización. Entonces aparecen las raíces de una nueva crisis: los líderes pertenecen a dos grupos muy diferenciados. De una parte los sindicalistas, que aportaban la organización necesaria para los sindicatos, y por otro lado, los hombres de acción, que simoblizaban los contenidos míticos imprescindibles para los que esperaban, antes que nada, la destrucción del capitalismo. Los distintos elementos del análisis que sigue se basan en la repetición de ideas-clave en folletos, artículos de prensa o mítines.

Angel Pestaña rechazó explícitamente el uso de la violencia insurreccional. En 1919 había sido calificado en un informe policial como «el de más cuidado de los caudillos anarcosindicalistas» y cayó gravemente herido por los pistoleros de la patronal catalana. En sus palabras, la huelga general no era elemento decisivo en la victoria revolucionaria. También rechazaba la actuación de las minorías audaces. Su táctica consistía en incorporar a las clases medias a la lucha anticapitalista, mediante sindicatos unitarios y profesionales.

²⁰ *Congreso Confederal...o.c.*, p. 172. Después de leer estos textos cabe apreciar el choque que para algunos militantes libertarios supuso la entrada de los anarquistas en el gobierno de Largo Caballero. Hay que señalar cómo Peirats, después reconocido «historiador oficial» de la CNT apoyó en los años treinta posturas muy radicales como demuestra su participación en este Congreso en calidad de delegado de la comarca de Hospitalet de Llobregat.

Joan Peiró opinó que debía irse a la revolución social con un mínimo de garantías acerca de su realización, y con una solución de continuidad. «Frente a una acción caótica, de epilépticos, rebosante de espantosas confusiones», la solución era la preparación técnica del proletariado para dirigir la economía en la nueva sociedad. Sus críticas hacia la FAI se centraban en que acciones irresponsables causaban graves daños a la organización:

«Ir a la revolución sin otra concepción que la del hecho violento, para que de nuestro gesto heroico se aproveche la pequeña burguesía para realizar su ideario pseudosocialista, a eso nos resistimos como anarquistas y como militantes de la CNT.»²¹

Valeriano Orobón Fernández representaba a un grupo de dirigentes que ponían el acento máximo en la conducta y el sentido moral. Defendían las alianzas revolucionarias con otros grupos, como sucedió en Asturias en 1934. Reclamaban la actuación consciente de los anarquistas como principales agentes de la revolución social, con la adhesión del pueblo entero. Las multitudes deben entusiasmarse ante determinados hechos violentos. El proletariado no podía pactar con una «democracia envilecida». La violencia tenía como objetivo sacar a los socialistas del Poder y empujarles por el camino de la revolución, algo imprescindible para realizar un movimiento conjunto:

«...Los anarquistas no pueden fiar solamente el triunfo de la revolución social a un hecho de fuerza o de audacia o de inteligencia con el enemigo, como hacen las conjunciones políticas que pretenden el Poder. Los anarquistas, como la CNT —por algo se habla de implantar el régimen comunista libertario— no han de tender a apoderarse del Estado, sino a destruirlo, y para ello se hace necesaria la intervención del pueblo en masa, ganado previamente por las minorías conscientes a la causa de la libertad integral.»²²

Diego Abad de Santillán ejemplifica el psicologismo presente en las teorías revolucionarias anarquistas. Diferenciaba rebeldía de revolución: «Puede ser rebelde cualquiera, pero revolucionario no es más que el que revisa y edifica sus conocimientos tanto de carácter económico y social como de carácter estratégico, de lucha y de ataque»²³. Igualmente

²¹ «Cultura libertaria», 11, diciembre, 1931. En J. PEIRÓ, *o.c.*, 328.

²² M. BUENACASA: *La CNT, los Treinta y la FAI*. Barcelona, Talleres Gráficos Alfa, 1933. 63

²³ *Tierra y libertad*, 13, mayo, 1936.

te interpretaba los hechos violentos como el fruto de la participación consciente del pueblo en la solución de sus problemas. La revolución dependía de un estado de ánimo al que se llegaría mediante un proceso de radicalización del movimiento obrero. En este complejo de causas psicológicas y sociales, los anarquistas jugarían un papel de minoría de vanguardia capaz de orientar a las muchedumbres y de llevarlas a la lucha, con la necesaria preparación revolucionaria:

«Un organismo específicamente revolucionario y de selección a base de elementos que se desarrollaran en todos los medios sociales —médicos, ingenieros, estudiantes, obreros, técnicos— y que tuviese en acción continua, articulada, controlada, las aptitudes de sus miembros sería una garantía de éxito. Máxime contando con una organización sindical de esencia y fibra revolucionarias, como es la CNT.»²⁴

Los principales grupos protagonistas del insurreccionalismo anarquista fueron los agraristas y los anarcobolcheviques, ambos incluidos dentro de la FAI. La FAI desempeñó más un papel de poder moral que de poder organizador. Todos los miembros pertenecían a la CNT. Había que tener fe y la razón no intervenía. Trataban de imponer su ideal, aunque en buena lógica la Anarquía perdiera todo su valor si resultase de una imposición. Creían que bastaba con proclamar la revolución social para que se hiciese realidad. El realismo llegó más adelante.

Los agraristas y el insurreccionalismo rural

Isaac Puente y la familia Montseny fueron los principales representantes de este grupo anarquista. En sus publicaciones insisten en los temas más tópicos del anarquismo español, en espera permanente de la revolución. Destaca su dogmatismo, basado en una apreciación emocional más que racional. La proclamación del Comunismo Libertario solucionaría al instante todos los males del capitalismo. El esquema del levantamiento se repite sucesivamente:

- a) Llegan noticias de alzamientos en otros lugares, que provocan la rebelión popular, encauzada por elementos anarquistas.

²⁴ *La tierra*, 31, mayo, 1934.

- b) Los sublevados se enfrentan con la Guardia Civil y toman el Ayuntamiento. Queman el Registro de la Propiedad y el Juzgado. Si la rebelión se consolida constituyen un poder central de gobierno, hecho que contradice sus postulados libertarios.
- c) Las fuerzas del orden reaccionan y la represión intenta ser ejemplar, con lo que se incluyen unos cuantos nombres más en el martirologio revolucionario de CNT. La derrota había «demostrado» que el ideal «podía realizarse», aunque sería en otra ocasión.

Federico Urales —seudónimo de Juan Montseny, padre de Federica— sintetiza este esquema en una visión idílica:

«Cuando el pueblo creyó oportuno, aproximadamente a las dos de la madrugada, salió a la calle, sin gritos, sin amenazas, sin disparar un solo tiro y con toda la bondad de los pueblos que impregnada de un ideal noble y generoso saben demostrar, se dió la gran tarea de implantar el ideal supremo de su aspiración inmediata: el Comunismo Libertario.»²⁵

Las normas eran similares a las recomendadas en 1876 por la Federación de Trabajadores de la Región Española, para organizar grupos clandestinos de acción y propaganda, «previa consulta con hombres inteligentes en la táctica de la guerra»²⁶. Los movimientos nunca fracasaban y su triunfo consistía en demostrar la viabilidad de la insurrección, aunque fuera por unas pocas horas. Esta necesidad de hechos violentos demuestra, a su vez, la falta de fe de los mismos publicistas en sus proyectos y en el dinamismo revolucionario de CNT. La rebelión del Alto Llobregat fue considerada como ejemplar. La transición es sencilla: se basa en el desquiciamiento de la sociedad gracias a la acción revolucionaria de los centros rurales. Sólo hace falta decisión para rechazar el sistema de valores de la sociedad industrial y urbana:

«Por ello, hemos de ir los anarquistas a desplazar nuestras actividades en los campos, en los pueblos del agro, de donde deben partir las falanges revolucionarias, acabando con la hegemonía de las ciudades, focos de corrupción y esterilización de los movimientos... Las ciudades no las necesitamos para hacer la revolución.»²⁷

²⁵ F. URALES: *España, 1933. La barbarie gubernamental*. Barcelona, 1933. 34.

²⁶ A. LORENZO: *El proletariado militante*. Madrid, Alianza Editorial, 1974, 345-346.

²⁷ Federica Montseny en *Tierra y libertad*, 1, abril, 1932.

El objetivo era impedir la consolidación de la República, entidad burguesa, mediante una acción insurreccional pendular. Toda lucha por conseguir objetivos prácticos se identificaba con una conducta social-reformista, que alejaba a la clase obrera de su «objetivo revolucionario». La violencia se elogiaba como el único camino para la revolución social:

«La violencia engendra violencia. Es una consecuencia natural que a la represión de los gobiernos los trabajadores contesten con la insurrección armada. La burguesía y las autoridades reconocen de sobras la razón que asiste a los anarquistas de transformar la sociedad presente en otra de más justicia y libertad. Pero la razón no basta para corregir errores y deshacer entuertos. Si el régimen actual se resiste a sucumbir por la fuerza de las armas, con las armas se debe derrumbar... Para consolidar el triunfo de la revolución es necesario no abandonar ni un instante las armas.»²⁸

Los anarcobolcheviques y la gimnasia revolucionaria

Juan García Oliver, Ricardo Sanz, Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso fueron los principales líderes de los grupos de acción y propugnaron la toma del poder mediante un ejército revolucionario. Esta idea fue rechazada en sucesivas instancias por el resto de la organización confederal. En este sentido, son los únicos representantes dentro de CNT-FAI de la acción violenta sistematizada, en una línea comparable a la estudiada en otros artículos de esta serie sobre la paramilitarización de la vida política en la España de los años treinta. Por consiguiente, les dedicaremos una mayor atención.

La principal diferencia respecto a los grupos antes expuestos es que junto al intento de construir un aparato político-militar con la creación o reconstitución de los Comités de Defensa, organismos que incluían misiones de información y de combate, hay una despreocupación absoluta respecto de toda preparación post-revolucionaria. Los anarcobolcheviques fueron los líderes más populares de la FAI, y propugnaban el enfrentamiento directo con la República y el capitalismo. Por el temor que inspiraban a los núcleos burgueses, se autoconsideraban «fermento revolucionario». Cada uno de ellos sostenía la línea más extremista dentro de sus sindicatos respectivos. Y no faltaba cierto idealismo, en

²⁸ A. GILBERT, *o.c.*, 23.

la línea escatológica ya analizada. Las minorías audaces concebían la gimnasia revolucionaria con el método para transformar la sociedad. En 1931 había que impedir la consolidación de la República, institución política que abría caminos a la participación de los grupos obreros reformistas:

«Crear en la manera de ser de los militantes anarcosindicalistas el hábito de las acciones revolucionarias, rehuendo la acción individual de atentados y sabotajes, cifrándolo todo en la acción colectiva contra las estructuras del sistema capitalista, hasta lograr superar el complejo de miedo a las fuerzas represivas, al Ejército, a la Guardia Civil, lográndolo mediante la sistematización de las acciones insurreccionales, la puesta en práctica de una gimnasia revolucionaria.»²⁹

La presentación en público del método de actuación fue temprana. García Oliver cita unas octavillas distribuidas en Barcelona el 1.º de mayo de 1931, en las que se convocaba a una «Fiesta Internacional de la Gimnasia Revolucionaria». Este propósito se llevaría a la práctica bajo la dirección de unos «monitores» pertenecientes a la juventud obrera, agrupados en formaciones paramilitares de núcleos reducidos, sin conexión entre sí. Formaban parte de los Comités de Defensa de barrio. Los comités se estructuraban sucesivamente, en comités de distrito, locales, comarcales... hasta articularse en comités regionales unidos en un Comité Nacional de Defensa.

En esta concepción teórica, la *guerrilla urbana* sustituía al motín rural. La lucha de clases tomaba el carácter de guerra civil. Escritores como Eduardo de Guzmán rechazaron en la prensa los epítetos de pistolero, asesino, ladrón, malhechor a sueldo o criminal profesional, aplicables a esta gente, siempre en las fronteras de la delincuencia común, considerándolos como «guerrilleros urbanos» y representantes del temperamento y el espíritu nacional —identificándolos con toda la mitología propia de la figura del guerrillero desde tiempos de la guerra de la independencia—³⁰. Si una huelga general se perdía, no importaba. CNT nunca gastaba todas sus fuerzas. Incluso convenía perder, para favorecer la radicalización: «El poder del Estado sólo se vence mediante el poder de la revolución»³¹.

²⁹ J. GARCÍA OLIVER: *El eco de los pasos...* Barcelona, Ruedo Ibérico, 1978, 115.

³⁰ *La tierra*, 25, noviembre, 1931.

³¹ *Tierra y libertad*, 25, marzo, 1932.

Un ejemplo práctico de estos planes insurreccionales está en los sucesos del 8 de enero de 1933 en Barcelona. Las acciones se distribuían por barriadas, y los grupos se habían repartido la voladura de edificios oficiales. El «trabajo» fue encomendado a una sección a cargo de R. Sanz, que debía introducir por los desagües de las alcantarillas tubos llenos de dinamita³². El plan paramilitar dividía la ciudad en tres sectores. Una «patrulla de vigilancia revolucionaria» comprobaría, desplazándose mediante auto-taxis, si cada grupo revolucionario se encontraba dispuesto en su lugar. En estos vehículos fueron detenidos García Oliver y G. Jover. La operación fracasó, el edificio de la Jefatura de Policía siguió indemne y los disturbios en las calles y alrededores de los cuarteles no tuvieron mayor trascendencia.

La principal aportación teórica al tema de la revolución fue considerar el asunto de la preparación insurreccional. A propuesta de Manuel Rivas, García Oliver escribió un folleto sobre la teoría y las tácticas a que se debía ajustar la organización de los Cuadros de Defensa. CNT se presentaba como una vanguardia revolucionaria, que debía procurar medios de guerra para combatir al Estado. La propuesta incluía las necesidades de financiación. La Confederación Regional del Trabajo de Aragón, Rioja y Navarra había establecido que los sindicatos pasaran para este fin un quince por ciento de su recaudación semanal de cuotas. En 1934, se discutió una Ponencia en Andalucía, en la que se instituyó un sello regional de defensa confederal de 10 céntimos mensuales por afiliado. Además, los comités locales tendrían a su disposición el diez por ciento de la cotización mensual³³. En casos especiales se preveía que cada sindicato volcara su caja para uso del Comité.

Los datos que siguen son comunes con todo grupo para-militar³⁴. Los Comités de Defensa se constituirían mediante grupos formados por militantes del mismo ramo, «guardadores de los principios dentro del Sindicato». Se preveían grupos especiales para actos de sabotaje (ferroviarios, telefonistas, etc...), que proporcionarían el sistema de enlace. El Comité Nacional de Defensa se encargaría, al mismo tiempo, de fomentar la formación y actividad de los cuadros antimilitaristas en los cuarteles. Cada grupo funcionaba como medio de información y combate. Los miembros indispensables se constituían en

³² R. SANZ: *El sindicalismo y la política*. Toulouse. Imprimerie Dulaurier, 1966, 241 ss.

³³ *La tierra*, 11, agosto, 1934.

³⁴ *Ponencia sobre la constitución de los Comités de Defensa*. Folleto fechado el 11 de noviembre de 1934.

Estado Mayor y centralizaban todas las informaciones. Sus funciones respectivas eran:

- a) Delegado secretario, que planeaba acciones violentas.
- b) Delegados-informadores, que reunían las averiguaciones efectuadas sobre:
 - los presuntos enemigos (militares, policías, sacerdotes, funcionarios, políticos burgueses y marxistas, pistoleros, fascistas...)
 - modos de atacar los edificios del Estado (comisarías, cuarteles, juzgados, gobiernos civiles)
 - la infraestructura de servicios públicos (agua, gas, electricidad), comunicaciones (teléfono, transportes), almacenes de comida o armas.
- c) Un investigador de los puntos estratégicos y tácticos sobre los que realizar el operativo en caso de insurrección del «aparato militar».
- d) Y finalmente, los ejecutores, grupos violentos, seleccionados entre miembros de FAI y Juventudes Libertarias.

El grupo de acción, reunido, estudiaría planes para la revolución en su «fase bélica». Tanto de los informes de cada sección como de las discusiones se debían firmar actas y pasar copias al Comité Nacional de Defensa. La organización nacional llegaría incluso a celebrar reuniones ordinarias y plenos³⁵, en una burocracia militar establecida a imitación del ejército regular. Como hemos visto, el grado de posible autonomía respecto a CNT —caso de que ésta fuera de nuevo controlada por los sindicalistas— convertía a estos Cuadros de Defensa en algo muy próximo a un «aparato político-militar», apoyado desde fuera por una organización sindical. CNT-FAI aportaría recursos humanos y económicos. Los Comités Revolucionarios entrarían en trabazón con los Comités de Defensa. Esta vanguardia estaba aislada del sindicato de masas. En conclusión, si se expulsó a Pestaña de CNT por no ejercer su profesión de relojero, no podemos decir que García Oliver se dedicara en exceso a su oficio de camarero.

El momento más propicio para este tipo de revolución no fue 1934, sino 1931. El socialismo aún no había realizado su «giro revolucionario».

³⁵ La burocracia se impondría durante la guerra civil y no es un hecho casual que Juan García Oliver ocupara el Ministerio de Justicia en el gobierno de Largo Caballero.

rio». Cuanto más se alejaban del 14 de abril, tanto más se alejaban de su revolución. Daban al Estado tiempo para reorganizarse, otros grupos desarrollaban milicias con una teoría revolucionaria propia y los fascistas trabajaban para la contrarrevolución. CNT se encontraba en crisis continua. Las simpatías radicales de los primeros tiempos se habían esfumado, al igual que las veleidades radicales de algunos políticos republicanos... En enero de 1933 se planificó una revolución sin contar con los trabajadores. La huelga de ferrocarriles se forzó y la sublevación quedó localizada en puntos concretos. El presidente del Comité Nacional de Defensa declaró que «habían sido una especie de guardias de asalto de la organización, pero no para frenar a las masas sino para ir adelante»³⁶.

En 1936 las circunstancias habían cambiado. Los propios cabecillas eran conscientes de la necesidad de reprimir movimientos insurreccionales para aprovechar energías. No se ignoraba la deficiente preparación y se propuso crear cinco o seis grandes guerrillas, estructuradas posteriormente en un ejército nacional, financiado mediante un aumento de la cotización de los afiliados.

Conclusiones

El Movimiento Libertario Español capitalizó los deseos de cambio radical e inmediato de buena parte del proletariado español, encauzándolos en una serie de revueltas que siempre terminaban en fracaso. La explicación de estos frustrados intentos que daban los líderes era sencilla: CNT debía esperar que la subversión prendiera en las masas del país. Cuando se llegara al período revolucionario, se estudiarían los «factores psicológicos del momento» y se movilizaría al pueblo. Un día llegaría el triunfo:

«Las minorías siempre vencen cuando tienen razón. Que aprendan de todos nosotros, que luchen. El que teniendo la razón de su parte no triunfa es porque no tiene energía, es porque no pone pasión en la propaganda de sus puntos de vista»³⁷

En palabras de S. Juliá, «la cultura política del republicanismo español era una cultura de la tertulia, la conspiración y el mitin»³⁸. Y estas

³⁶ *Congreso Confederado*, o.c., 151.

³⁷ *Ibidem*, 156.

³⁸ S. JULIÁ: «La última revolución popular». En *Historia de la Guerra Civil*. Madrid, HISTORIA 16, 1986, vol. I, 64.

características se acentuaban en el caso del anarcosindicalismo, muy próximo en esto a la izquierda burguesa republicana y federal, mediante la repetición machacona de ideas tópicas sobre la revolución. Se atribuye a los anarquistas la conceptualización de una lucha armada basada en el terrorismo individual, pero en los años treinta podemos asegurar que hay muy escasas actuaciones de «incontrolados». Tampoco hay pruebas acerca de que los Comités de Defensa tuvieran una implantación real más allá de unos componentes muy determinados de algunos grupos de afinidad de la FAI.

Los anarcosindicalistas no disponen de milicias organizadas, pero su misma actuación demuestra que no hace falta poseer unos instrumentos semejantes para enfrentarse con las fuerzas de seguridad del Estado. Sus planes de revolución violenta no incluían como premisa imprescindible la victoria militar. Todo se cumpliría cuando hubieran llegado los plazos oportunos y la sociedad se transformaría mediante la implantación del comunismo libertario. El insurreccionalismo anarquista entronca con el republicanismo del siglo XIX y el jacobinismo democrático, que había recibido la CNT como herencia en su Congreso fundacional de 1910. Los textos teóricos apenas llegaban a ser una formulación de ideas genéricas, de contenido bastante ambiguo, lo que facilitaba múltiples interpretaciones por los diversos grupos y era la base de múltiples divergencias al considerar la función de una organización violenta en CNT-FAI.

La institucionalización de una «vanguardia revolucionaria» no fue posible por el rechazo expreso desde el anarquismo a todo lo que significara estatismo, Ejército y Milicias. Este factor debe combinarse con la «exaltación temperamental» propia de los anarquistas. En cambio, la mayor parte de los trabajadores veía a la CNT sólo como a un sindicato y no como un organismo insurreccional. Y cuando creían en la revolución, sencillamente esperaban a que otros la hicieran. Dentro de las múltiples tendencias que hemos delimitado, la FAI, presunto cerebro director de los intentos insurreccionales, era un organismo evanescente, sin dirección, más parecido a una secta que a una célula revolucionaria. Es complicado averiguar que piensa una hidra que cuenta con cien cabezas...

De todos modos, el 18 de julio de 1936 se dieron las condiciones objetivas para la revolución. Los cenetistas, al igual que socialistas, comunistas, republicanos y ciudadanos sin afiliación partidaria, respondieron al intento de golpe de Estado. En Cataluña, la resistencia a los golpistas es encabezada por dos fuerzas: la Guardia Civil y los anarquistas. El Sindicato Unico del Transporte de Barcelona se hace el día

17 con un alijo de armas. En Madrid, CNT también contribuye al esfuerzo antifascista proclamando el día 18 la Huelga General Revolucionaria desde los micrófonos de Unión Radio Madrid. En la lucha contra el fascismo se suceden numerosos ejemplos de heroísmo³⁹.

En esta crisis política CNT va a influir decisivamente en la creación y características del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, el 21 de julio de 1936, tras la entrevista que sus líderes sostienen con Companys. Este organismo va a desempeñar múltiples funciones: organización militar, abastecimientos, control de la economía, policía, relaciones «exteriores» con el Gobierno de Madrid... Al frente de la Comisión de Guerra se encuentra uno de los partidarios de la «organización revolucionaria», J.García Oliver. Como institución especializada surge el Consejo de Economía de Cataluña, dirigido por J. Fábregas, economista llegado a CNT en los primeros meses de 1936. Los intelectuales anarquistas han discutido desde ese momento sobre las posibilidades y ocasiones perdidas⁴⁰.

El día 24 de julio sale de Barcelona la Columna Durruti, que cuenta con el comandante Pérez Farrás como jefe de Estado Mayor. Se han dado varias cifras sobre la auténtica capacidad de movilización de los anarcosindicalistas catalanes en esta empresa de la «liberación de Zaragoza». R. Sanz, dirigente anarquista al mando de una de estas columnas, cita la cifra de 18.000 voluntarios organizados en el Cuartel de Pedralbes, rebautizado con el nombre de «Cuartel Bakunin». Abad de Santillán eleva el número hasta 150.000. La contradicción entre la conducta revolucionaria de los militantes más conscientes y los excesos cometidos que llevaron a los periódicos anarquistas a apelar constantemente a la necesidad de mantener el orden en la retaguardia «por el honor del pueblo de Barcelona y por la dignidad de la CNT y de la FAI».

Se formaron patrullas de control, constituidas en la mitad de sus efectivos por cenetistas y complementadas por afiliados a Esquerra,

³⁹ Los autores que han tratado este asunto describen toda suerte de escenas, como aquella en que unos militantes se presentan en el Sindicato con armas recogidas en los combates callejeros contra el Ejército, diciendo la siguiente frase: «Las hemos ganado con nuestros pechos y son para la Organización» recogida por PEIRATS, *La CNT en la Revolución Española*, París, Ruedo Ibérico, 1971, tomo I, pág. 144.

⁴⁰ Las posturas abarcan un abanico muy amplio: desde quienes propugnan que CNT debía haber declarado el comunismo libertario, sometiendo a un férreo control a los elementos no anarquistas hasta quienes fundamentan las decisiones adoptadas en la falta de preparación efectiva para el momento histórico. Debemos considerar la fragmentación múltiple que supuso el exilio para el anarquismo: cada subgrupo culpa a los demás de las consecuencias negativas producidas en el movimiento libertario por la participación gubernamental.

UGT y POUM. Durante todo el mes de agosto de 1936 se desgranaron los editoriales y los mítines en los que se habla de la formación de comités de obreros y soldados, se proclama la resistencia al «Desarme del pueblo» y se exige la creación de una Escuela militar revolucionaria. El Pleno Nacional de Regionales de septiembre insiste en la sustitución del Gobierno por un Consejo Nacional de Defensa CNT-UGT y en la implantación de un Comisariado de Guerra, órgano máximo de dirección de la Milicia Popular Unica⁴¹.

La integración de las Milicias en las fuerzas armadas regulares se produce con la oposición de los grupos más extremistas. Por ejemplo, la Columna de Hierro abandonó el frente de Teruel, se dirigió a Valencia y editó un manifiesto el día 1 de octubre de 1936 en el que exigía la disolución inmediata de la Guardia Civil y el desarme de los combatientes republicanos procedentes de los antiguos cuerpos de seguridad del Estado, para «destruir los vestigios del pasado». En esos mismos días —27 de septiembre— se había disuelto el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña y CNT se había incorporado a un reconstituido Gobierno de la Generalitat de Cataluña. El 21 de octubre Largo Caballero dicta el Decreto de Militarización de las Milicias. Por ejemplo, en el Frente de Aragón las columnas confederales Durruti, Ascaso, Ortiz, Hilario-Zamora, Aguiluchos, Solidaridad Obrera y Roja y Negra se transforman en las Divisiones 25, 26 y 28. La discusión en las filas confederales sobre la necesidad de la militarización produce varias resoluciones de sus órganos colegiados de dirección, que llevan a la aceptación de la entrada de cuatro ministros —J. García Oliver, J. Peiró, J. López y Federica Montseny— en el Gobierno el día 4 de noviembre de 1936, hecho histórico que produjo todo tipo de reacciones en el anarquismo español e internacional.

El Acta del Pleno de Columnas Confederales y Anarquistas de Valencia celebrado el 5 de febrero de 1937 representa el momento de máximo esplendor de la participación de CNT-FAI en el gobierno de Largo Caballero. Un grupo de partidarios de la resistencia a toda forma de militarización se constituye en marzo de 1937: son los «Amigos de Du-

⁴¹ J. García Oliver fue uno de los más firmes valedores de la creación de las Escuelas Populares de Guerra, como medio de procurar una nueva oficialidad salida del pueblo. En el Archivo Histórico Nacional —cción Guerra Civil (Salamanca)— se conservan los documentos sobre la organización y funcionamiento de la Escuela Popular de Guerra de Paterna (Valencia). Hay que hacer constar que autores como B. Bolloten sostiene que, al igual que sucedió con el Comisariado General de Guerra, los grupos políticos partidarios de la militarización se apoyaron en estas instituciones para fortalecer el nuevo Ejército Popular de la República.

rruti», jóvenes que toman el nombre del héroe muerto en el sitio de Madrid, que pretenden la organización de un Ejército anarquista y que son rechazados por los antiguos compañeros del líder de «los Solidarios» por su discurso excesivamente leninista. En los sucesos de mayo se pondrán de parte del POUM y tardarán en obedecer las órdenes de cese el fuego en la retaguardia que darán los ministros cenetistas desplazados a Cataluña⁴².

En junio de 1937, los anarquistas han sido expulsados del Gobierno. La adaptación a las nuevas circunstancias llega incluso a la FAI que rompe con la tradición de organizarse mediante «grupos de afinidad» e instituye la obligación de las federaciones locales y comarcales, a imitación del sindicato. CNT plantea un programa mínimo a Juan Negrín, que será retomado en el Pleno de CNT-FAI-JJ.LL. de Valencia de septiembre-1937. Durante 1938, CNT intenta proteger sus posiciones en la retaguardia frente a la regularización propugnada por los republicanos, los comunistas y los socialistas de Negrín. En enero de 1938, el Pleno Económico ampliado reúne a representantes de las federaciones comarcales y de las colectividades agrarias e industriales, que exponen sus avances y sus evidentes dificultades internas y externas.

⁴² En el opúsculo *Afirmación en la marcha*, publicado en Barcelona en esos días, J. Santana Calero expone las doctrinas de los anarquistas partidarios de derribar por la fuerza el reconstituido gobierno de la Generalitat.